

**CUENTOS MITOLÓGICOS
Y OTROS RELATOS**

ELENA PRADO-MAS

CUENTOS MITOLÓGICOS Y OTROS RELATOS



1ª edición, 2016

Diseño de la cubierta: Elena Prado-Mas

Ilustración: A tale from the Decameron de John W. Waterhouse

Editorial DALYA

Jilguero 14

11100 San Fernando

www.edalya.com

© del texto, Elena Prado-Mas

© Desarrollo de Ámbitos de Lectura y Aprendizaje S.L.

Reservados todos los derechos sobre este libro. No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, multimedia o digital, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

ISBN: 978-84-946227-4-8

DL CA 515-2016

Impreso y encuadernado por CIMAPRESS

Printed in Spain / Impreso en España

INDICE

PRÓLOGO	9
 CUENTOS MITOLÓGICOS	
Orfeo y Eurídice	15
Narciso y Eco	29
Acteón	33
Apolo y Dafne	45
Leda y el cisne	53
La caja de Pandora	63
Píramo y Tisbe	67
El Minotauro	83
Eros y Psique	93
 RELATOS	
La gloria del olvido	109
La ciencia de amar	117
El príncipe que no sabía llorar	119
Calcetines	133
Impares	137
Clases de preparación al parto	143
Enredos	163
Unreality show	165

PRÓLOGO

No recuerdo mi primer contacto con la Mitología, y acaso sea mejor así, porque eso contribuye a que tenga la sensación de que habita en mi cabeza desde siempre, junto al amor, los cuentos, la aritmética o la música. Sí recuerdo el tiempo en que empecé a reflexionar sobre ella empujada por la fascinación que me producía encontrar tanta humanidad en sus historias divinas, tanto de lo cotidiano en esos relatos de lo extraordinario.

Lejos de ser una experta, ni siquiera he leído la que podría considerarse una bibliografía básica sobre el tema; apenas he hecho unas pocas lecturas dispersas y me he nutrido de referencias aquí o allá. Pero claro, la Mitología está por todas partes –podría apuntar alguien– y de esas fuentes no literarias también se aprende. La encontramos en la ópera, en las estatuas de muchas capitales, en el cine... Los que he llamado *Cuentos Mitológicos*, sin embargo, no nacen de esta presencia de los mitos en nuestra cultura como inagotable fuente de inspiración artística, sino de algo mucho más invasivo e inquietante que me cuesta explicar.

A veces, por la calle, observar a un músico que recibe una moneda de alguien con aspecto incommovible me hace pensar en Orfeo ante Hades, otras veces, es en el trabajo donde la actitud de algún compañero me recuerda a la vengativa Artemisa tras haber sido vista desnuda por Acteón, o la de otro, por el contrario, a la del valiente y sacrificado Prometeo

robando el fuego para los humanos. Una vez, la inocencia y la capacidad de destrucción con que un niño estrujaba su pelota me hicieron imaginar a Eros, ya desde pequeño jugando con nuestros corazones. Es esta presencia viva de los mitos la que me ha llevado a estos cuentos mitológicos.

El resto de cuentos que integran este libro es variado en cuanto a temas, extensión, tono o incluso relación con la realidad. Algunos son fantásticos, otros cabrían bajo la amplia etiqueta de realistas y hasta costumbristas, los hay que podrían considerarse de ciencia ficción... Pero todos ellos, y en esto no se diferencian en nada de los mitológicos, son consecuencia de esa “bendita manía de narrar” que nos caracteriza desde la niñez. A unos más que a otros.

No creo que haya en el mundo una madre que haya contado tantos cuentos, y tan bien, como la mía. Además de manejar todos los clásicos, ha inventado centenares y hasta ha creado personajes que ya son saga. Pero todo oral, pura cuentística volátil y eterna. Sin duda muchas de mis amigas de la infancia recordarán todavía con nitidez cómo mi madre nos contaba cuentos mientras comíamos. Había una que se quedaba embobada, sin comer, con la cuchara o el tenedor sujetos por su mano a medio camino entre el plato y la boca; estoy segura de que empezó ocurriéndole de verdad y más adelante, ya con ocho o nueve años, lo hacía aposta para que mi madre prolongara sus historias. Creo que si es posible señalar un punto en que cualquier cuento –mitológico o no– comenzara a gestarse en mi cabeza, es en esa mesa rectangular de nuestra vieja cocina, escuchando a mi madre.

A mí padre, que por el contrario sí ha fijado por escrito las magníficas historias que le han crecido en la imaginación,

le debo mi devoción por la lógica, fundamental en las dos partes de este libro. Además, él me ha dado la idea para futuros cuentos mitológicos, haciéndome notar que no había escrito ninguno sobre mitos de los que acaban en constelación. Prometo hacerlo como tributo a él y a la Astronomía que ama.

En conclusión, los dos cauces de este libro vienen de un mismo manantial, mis padres, en combinación arcana e irreplicable (a menos que me clonen, y ni siquiera) de genética, enseñanza y vivencias. Y al igual que genéticamente somos el cincuenta por ciento de cada uno pero la manifestación de esa matemática impecable no se muestra tan precisa, sino extraña, mezclada, tendente a un lado u a otro y hasta discutible a veces, y tan condicionada por la experiencia como por los genes, en este libro palpitan dos miradas que no se corresponden con la simpleza de su estructura dual, sino que combinan sus perspectivas como en hélice de ADN, geométrica pero misteriosamente. Mis padres optaron por lo difícil y me enseñaron a mirar hacia el cielo para encontrar ciencia en él y a mirar hacia la Tierra y las cosas más cercanas para extraerles su magia. Les debo a ellos esa mirada curiosa, que trata de volar y de bucear y que está igual de presente en los cuentos que he basado en mitos que en los cuentos que no tienen que ver con ellos.

Al final, la diferencia entre las dos partes de este libro no es una cuestión estética ni temática, sino un asunto trivial, filológico, de modo que con la estructura he querido precisar – por si la transparencia de los títulos no bastaba– que los nueve primeros relatos tienen argumentos que en el plano profundo he tomado de otras obras, aquéllas, variadísimas, que recogen los diferentes mitos. Pero lo cierto es que, por encima de ese

rasgo común, creo que hay rasgos más importantes que los diferencian entre sí y que, en cambio, los relacionan a unos y a otros con cuentos que aparecen en la segunda parte, así que otro orden habría sido posible y lo ensayé, alternando los mitológicos y los no mitológicos. Pero acabé mareada como cuando se trata de encontrar el orden ideal en el que grabar unas canciones en un CD o se recolocan todos los lápices de una caja intentando que no haya un solo paso falto de armonía cromática, de manera que al final he optado por la claridad expositiva que representa la división en cuentos mitológicos y cuentos que no lo son, y que cada cual establezca en su cabeza una estructura más profunda y compleja de ideas y personajes.

Quien lea, al cabo, proyectará su propia mirada y recreará cada cuento. Yo misma, cuando miro la Osa Mayor, pienso que sus siete estrellas más visibles somos nosotros, la familia en la que fui niña, la formada por mis padres y sus cinco hijos.

Gracias, papá y mamá, por escribir nuestro cuento, que es para mí un mito. El mejor.

CUENTOS MITOLÓGICOS

ORFEO Y EURÍDICE

Orfeo tuvo siempre el infierno muy cerca, al alcance del recuerdo. La muerte de su madre cuando él tenía sólo once años era el infierno mismo, sin metáforas. Siempre fue capaz, en cambio, de brindarles el paraíso a los demás; le bastaba con un piano. Hijo de pianista y formado desde niño para serlo, había conseguido el aplauso de los críticos más dispares y tanto los defensores del virtuosismo como los detractores de sus excesos se habían rendido a sus pies. Tras su primer concierto en Londres, uno de ellos había escrito, después de varios párrafos analizando su brillante técnica, que «las manos de Orfeo consiguen que el sonido se condense hasta formar figuras que penetran por los oídos y susurran a cada persona exactamente lo que quiere oír. Su capacidad de seducción es tan infinita y versátil que sería capaz, sin duda, de rendir la voluntad del mismísimo Hades».

El teatro Verdi de Pisa le recibió repleto. Era un lujo tener en una pequeña ciudad a un intérprete tan afamado. No había nadie a quien los organizadores de los grandes ciclos y festivales reclamasen con tanta insistencia y aquel prodigio tenía sólo veintiocho años. En Pisa llovía esa noche, así que el guardarropa olía a humedad mientras Eurídice escuchaba febril sentada en su butaca de platea. Llovía torrencialmente y había llegado al teatro empapada, sin paraguas, y con la lluvia habiendo conseguido calar más allá de su alegre gabardina roja. Pero en cuanto Orfeo había comenzado a tocar, su cuerpo lacerado por el agua y por el frío se había vuelto de algodón y

ya sólo sentía música en cada centímetro de aquella maravilla de juventud y de temblor. Acaso por obra de la belleza, acaso por las décimas de fiebre, le parecía que la arquitectura del teatro se deshacía a cada paso recomponiéndose en imposibles armazones que se desintegraban tras unos segundos de contacto con el aire.

Acudieron a felicitarle al camerino cuarenta y siete personas, pero sólo una de ellas era Eurídice. Había recogido su gabardina del guardarropa y se la había puesto sin percatarse de que seguía húmeda, así que se presentó ante Orfeo haciendo esfuerzos por no tiritar y pálida como la luna. Su figura desvalida contrastaba con el brillo de sus ojos. Cuando le tendió el programa para que se lo firmase, tomó aliento y le habló, titubeante.

—Los conciertos para piano de Chopin son estremecedores; sobre todo, a mi parecer, el primero. —Levantó la mirada intentando descubrir si también Orfeo prefería el primero—. Y nunca lo había escuchado como esta noche, en su versión original para quinteto. Ha sido una delicia. Pero... Pero es una pena que no se decida por la *Balada número 1*, me sorprende... Entre conciertos y grabaciones ha recorrido ya todo Chopin, pero esa balada no la ha tocado todavía, al menos que yo sepa. ¿Me equivoco?

—No —respondió Orfeo, admirándola más que mirándola.

Bajaron las miradas para soportar el silencio que siguió. Eurídice pudo ver los pies de Orfeo, más grandes de lo esperable por su estatura y perfectamente calzados en unos zapatos negros de cordones; las piernas se adivinaban fuertes y elementales como columnas dóricas. Por su parte, Orfeo se

topó con la gabardina de Eurídice. Sus rodillas tiritaban al otro lado de ese mar rojo. Aquella mujer, pensó, cogería una pulmonía si no se cambiaba rápidamente de ropa.

Sólo dos meses después de casarse en Florencia, donde fijaron su residencia, Eurídice sufrió un accidente yendo a Pisa a visitar a sus padres. Como de costumbre, había escogido el camino más largo, una carretera preciosa de cipreses que se cimbreaban al paso de los coches y del viento, pero ese día había dormido inusualmente mal y sus reflejos no supieron esquivar a una liebre sin estrellarse contra uno de los árboles, que no dejó de mecerse al ritmo de la vigorosa brisa de la mañana ni siquiera tras el choque. El traumatismo en el pecho fue brutal y sus pulmones se anegaron en sangre, pero su hermosa cabeza se llevó el golpe más fuerte.

Orfeo suspendió el concierto de esa tarde en Edimburgo y voló hasta Milán esa misma noche, y de Milán a Florencia ya durante la madrugada. La mujer que fue a su lado en el segundo vuelo pensó que aquel hombre enloquecería antes de llegar a su destino. Pasó dos días sin dormir, a la puerta de la unidad de cuidados intensivos, entrando a verla cada cuatro horas, seguro de que despertaría en cualquier momento. Al tercer día, aceptó el consejo de amigos y familiares y fue a su casa para asearse y descansar. Despertó convencido de que llevándole música sacaría a Eurídice de su letargo, así que en cuanto le fue posible entró a verla con su móvil cargado de todas las piezas que ella amaba; pensaba que, de habersele ocurrido antes, ya estaría consciente. Pero Eurídice cada vez estaba más lejos.

—Los daños en la corteza cerebral son severos — le comunicaron los médicos al sexto día—. Nunca saldrá del coma... No, lo sentimos, le entendemos pero no puede hacerse... El traslado a su domicilio es imposible, no podemos prescindir de los monitores y temo que en breve sea necesaria la respiración asistida.

Orfeo sintió por primera vez en su vida la gloria de ser rico y compró todo lo necesario para poder trasladar a Eurídice a casa. La maquinaria y la atención serían como las del hospital, pero al otro lado de las ventanas tendrían la Piazza della Signoria y todos los días colocarían flores frescas en su búcaro favorito, sobre su adorada mesa de mármol verde. Procurarían que fueran incipientes, casi capullos, y así, al abrirse, arrastrarían en su explosión a los párpados de Eurídice, que seguían pareciendo ligeros como láminas de nácar aunque tuvieran ya la pesadez de las losas. Y, sobre todo, ahora que regresaban a casa, Orfeo podría intentar despertarla interpretando sus obras favoritas.

Comenzaron entonces las veladas musicales más extrañas de la sociedad florentina desde la temporada en que Filiberta de Saboya, ya viuda de Giuliano de Medici, decidió que todos los músicos debían tocar desnudos y, no contenta con la imagen de austeridad que podía desprenderse de esa medida de intenciones voluptuosas (cuentan que la relación con su cuñado, el Papa León X, era de constante litigio por la fortuna familiar), le encargó a Miguel Ángel el diseño de sombreros multicolores y de botas aladas.

Orfeo organizó para Eurídice un programa con todas sus piezas preferidas. Empezó por traerse a Venuhin y por tocar juntos la *Sonata Kreutzer*, pero Eurídice ni se inmutó.

Venuhin quedó tan contrariado que se quedó dos semanas con ellos, convencieron para venir a Lee Gong y tocaron el *Trío número 1* de Brahms; Eurídice siguió sin inmutarse. El día que Orfeo interpretó el *Clave bien Temperado*, al director de la Galería de los Uffizi le pareció que la convaleciente había sonreído, pero nadie le creyó; y la víspera de Nochebuena, cuando consiguieron que Potorelich interpretara *Cuadros para una exposición*, aseguró que el ojo derecho de Eurídice había derramado una lágrima que prodigiosamente se había evaporado antes de llegar a la mandíbula. De nuevo, nadie le creyó, pero no era el único que comenzaba a ser pasto de la sugestión. La Duquesa de Grottaferrata juraba que Eurídice se le aparecía en sueños proponiéndole las piezas que necesitaba para volver a la consciencia y, curiosamente, eran todas y cada una de las preferidas por la duquesa; su sobrino Marcello Bonsante afirmaba que las mejillas de Eurídice se encendían cada vez que Orfeo tocaba a Beethoven y que, en cambio, los días en que había interpretado alguna de las paráfrasis para piano de fragmentos de óperas de Wagner, su entrecejo se había contraído ligera pero inconfundiblemente. Sospechoso testimonio, pues Eurídice adoraba la música de Wagner; Marcello, en cambio, la aborrecía. Alessandra Certaldo, comisaria estatal de la Arena de Verona, aseguraba haber percibido una levísima levitación de Eurídice la noche que habían sido acometidas doce sonatas de Scarlatti. El propio Orfeo hacía tiempo que había abandonado sus escrúpulos y accedido a la sugerencia hecha por la duquesa desde el primero de esos extraños conciertos, de modo que para cada velada encargaba hacer una nueva colcha para la cama de Eurídice, como si fueran flores frescas ante un altar. Los días en que se trataba de música barroca prefería los damascos, incluso algún

brocado no demasiado sofisticado; amarillos, azules, rojos, verdes, grises... Daba igual, a la piel de ella todo le favorecía. Para Schubert, en cambio, prefería la ligereza de algodones, al igual que para Debussy, aunque por razones distintas. Para Falla o Granados, colocaban sobre su esposa un enorme manto de Manila que le había regalado una *fan* madrileña la primera vez que había tocado en España. Y cuando les llegó el turno a las sonatas de Mozart, encargó una colcha de seda pero que no debía parecer de seda, se trataba de que sólo al tacto se percibiera su exquisitez, a la vista debía lucir sencilla, casi rudimentaria.

Comenzaba el verano cuando el médico le comunicó que el estado de Eurídice había empeorado en el último mes y que la situación no era ya de muerte cortical, sino de muerte cerebral; a la irreversible pérdida de la consciencia, se sumaba entonces la alta probabilidad de un deterioro en las actividades cardíaca y respiratoria a pesar de la maquinaria. Orfeo se desesperó hasta el extremo de pasar las noches acostado junto a ella, esperando el milagro de que su calor y su aliento la revivieran.

El día que Eurídice cumplía treinta años, la Duquesa de Grottaferrata se presentó en casa de la pareja antes de las nueve...